

SUMANDO AMANECERES

Si cierro los ojos puedo imaginarme en mi casa, en mi cama de siempre. La luz entra por la ventana y solo se escucha paz. No es silencio no, es tranquilidad. Son sus cuatro patas pisando las baldosas cuidadosamente, como si estuviera haciendo cosas que debe de ocultar. Es el aire corriendo desde su habitación hasta el cuarto de baño, moviendo así las cortinas y la puerta del salón. Son los pájaros escondidos en el pequeño bosque y el columpio meciéndose con un sonido que podría ser aterrador, pero es tranquilizador. Escucho una bocina, voces, saludos, risas. Escucho de nuevo la paz.

Si cierro los ojos puedo imaginarme en mi piso de estudiantes. Cómo no, se escuchan obras. Puedo oír perfectamente los llantos de mi vecina de abajo, a una de mis compañeras corriendo porque va tarde y el microondas calentando un café milagroso. Puedo escuchar música, tarareos y pasos fuertes por el parque. Puedo escuchar la libertad.

Si cierro los ojos puedo imaginarme con la sábana tapándome la cabeza para que la luz no me moleste. Puedo percibir las banderitas del patio meciéndose con la brisa que estoy segura de que se agradecerá. Puedo escuchar las puertas abrirse, a mis compañeros saliendo de sus habitaciones y reuniéndose en la cocina. Escucho voces y risas, pueden ser de cualquiera de los dieciocho que estamos aquí disfrutando de esta nueva aventura. Cierro más los ojos y solo escucho felicidad.

Si cierro los ojos puedo imaginarme tocando con los pies la madera fría de la cama. Escucho su despertador, su persiana subirse bruscamente y sus pasos hacia el baño. Primero el grifo, luego el secador y finalmente unas tostadas saltando con más prisa de la que deberían. Escucho las llaves en el plato de la entrada, una vuelta, dos y la de arriba. Escucho monotonía.

Ahora tengo que hacer un esfuerzo para no abrirlos, para seguir en este estado de duermevela en el que me encuentro, imaginándome todos los momentos en los que he estado y he experimentado. Escucho niños, lloros, padres de un lado para otro. Escucho un piano, una flauta, risas, alegría. Escucho sus diminutos pies corriendo sin miedo a hacer ruido, sin miedo a caerse y sin miedo a despertar a quien está remoloneando más de la cuenta. Como no, se escucha la lluvia azotando mi ventana, el aire moviendo el árbol del jardín y mi mente viajando al pasado más de lo que debería.

Susana Pérez Morlans